

Clara Voghan

*Soledad,*  
*sexo y pedagogía*

*edición digital*



Reading & relax, III

© Clara Voghan, 2006

Todos los derechos reservados.

Exp. 464496

Edición digital de CCM

de distribución gratuita,

se prohíbe su venta.

Información y comentarios:

*[claravoghan@mailbolt.com](mailto:claravoghan@mailbolt.com)*

Pedidos

y representación editorial:

CCM

*[claravoghan@lycos.com](mailto:claravoghan@lycos.com)*

*[www.claravoghan.com.ar](http://www.claravoghan.com.ar)*

Visite nuestro grupo en Yahoo

*<http://ar.groups.yahoo.com/group/claravoghan/>*

*Para  
Rocío, Luci, Silveria y Carolina,  
que encontraron las palabras,  
jugando con ellas.*



## Capítulo I

# A calzón quitado

Placer... Placer... Increíble placer... Ahí, justo ahí... No, no, un poco más...

El ruido agudo de un timbre insistente penetró su cerebro, junto con oleadas de éxtasis.

Sí... Sí... No... No... ¡No!

—Cariño, parece que no se va a parar... ¿Por qué no atiendes de una buena vez?

¿¿Qué “no se iba a parar”?! .. Si ya casi...

¡Ah! .. El timbre... Sí. Ese timbre insistente era una verdadera molestia. Y eso que eran las...

Leonardo miró el reloj de la mesilla de noche. ¡Las cuatro de la madrugada! .. ¿Quién sería tan impertinente como para...?

Por un momento sintió un frío gélido, pero luego recordó que la dama que acababa de poseer no tenía ni novio, ni marido, ni amante. ¿Quién podría entonces armar tanto escándalo?

—Ya va, ya va...— murmuró entre dientes, mientras se calzaba el bóxer de seda que usaba siempre en las primeras citas.

—¿Quién es?— gritó furioso.

Todavía obnubilado por el deseo interrumpido, echó una ojeada rápida por la mirilla, y...

¡Guau!

¿Quién era esa hermosura descalza, con una franela mínima que dejaba a la vista una de esas pequeñas braguitas tan a la moda? Volvió a contemplar aquella visión. Pegó tanto el ojo a la puerta, que casi se lo lastimó.

—¿A quién buscas?— preguntó ahora con un tono quedo, para no llamar la atención de... de... ¿cómo se llamaba? .. Bueno: “de la mujer que estaba en su cama”.

—Busco al Señor Rodríguez. ¡Lo necesito! ..— contestó la muchacha, con voz tan urgida como sensual. —Por favor, dígame que venga a mi apartamento cuanto antes, que estoy en mi cuarto, esperándolo.

La joven dio media vuelta. ¡Re— guau! ..

Si bien ahora que se alejaba quedaba a la vista su mejor perfil, Leonardo no podía darse el lujo de dejarla partir sin antes averiguar algo más sobre aquella belleza.

Olvidando que estaba prácticamente desnudo, se limitó a peinarse un poco y se apuró a abrir.

—Yo soy el Señor Rodríguez— dijo con orgullo.

La muchacha contempló a aquel hombre de pies a cabeza. Con casi metro noventa, una espalda anchísima, y unas piernas largas y musculosas, tenía un aspecto intimidante que, sin embargo, se desvanecía al mirar su rostro. Quizás por su abundante y ondeada cabellera oscura, con un mechón travieso que caía sobre su frente, o por su mirada dulcísima, con algo de inocencia, daba la impresión de ser alguien en quien, de verdad, se podía confiar.

¡Pero decididamente no era el Señor Rodríguez que ella conocía!

—No, usted no es...— comenzó a balbucear la muchacha.

—Como te podrás imaginar no llevo encima mi documento para poder probarlo, pero te aseguro que....

Soledad miró el número en la puerta.

—Pero... Yo conozco muy bien al Señor Rodríguez. Él...Él... Yo vivo sola y..., digamos que..., él me presta “ciertos servicios” cuando requiero un hombre— dijo la muchacha, con algo de desesperación en la voz.

—Lo lamento, pero yo soy el único que vive a... ¡Ah! .. ¿Acaso te refieres a un señor mayor?

—¡Sí! .. ¡Pepo Rodríguez!

¿Pepo? .. Leonardo empalideció. Sabía que su tío José había sido un verdadero galán en su juventud, pero creía que ahora, a sus casi setenta años...

—Él ya no vive más aquí, así que creo que por ahora deberás....

“Conformarte conmigo” iba a decir, pero la voz de la mujer en su cama, (¿cómo se llamaba?), lo volvió a la realidad.

—¡Cariño, ven aquí!— gritó la dama con un tono histérico, bastante apropiado, dada la situación.

—...deberás prescindir de “sus servicios” – concluyó Leonardo, muy a su pesar.

—No. Imposible.— suplicó la muchacha— Estoy verdaderamente desesperada. Usted no entiende. Hace tres meses que... ¡Es una urgencia! .. ¿No puede venir usted?

Leonardo, que la miraba sin poder quitarse de los labios esa sonrisa estúpida que ponen los hombres cuando su cerebro se hace a un lado, apenas pudo balbucear:.

—Señorita....

—Soledad— lo corrigió la muchacha, tratando de ganarse su simpatía.

—Soledad... Me encantaría ayudarte pero... Estoy acompañado, y...

La cara de decepción de la joven lo hizo recapacitar:

—Claro que....

Dudó. ¿Sería capaz de decirlo? .. Volvió a mirar a la niña. ¡Sí! ¡Era muy capaz.!

—... si quisieras, podrías unirme a nosotros... No se que opinará mi compañera, ¡pero si se trata de una urgencia!....

—¡No! ¡Imposible! .. Es decir, gracias pero... Aprecio tu buena voluntad, y si fuera otra noche cualquiera, aceptaría, pero... ya te he dicho que he esperado tres meses esta oportunidad. No puedo darme el lujo de lucir cansada por la mañana, o de tener ojeras. Por el contrario, es importante que duerma bien y relajada. Por eso he venido a buscarte. Bueno, no a ti, sino a Pepo. Y como él no está, sería grandioso que... De verdad necesito que me acompañes a mi cuarto. ¡Y necesito que lo hagas rápido!

Leonardo dudó por un momento. No era hombre de “fiestas”. Nunca había estado con dos mujeres juntas, y nunca antes se había acostado con dos distintas en una misma noche. Su cabeza le decía que todo aquello era una locura, pero como su sexo dominaba... Un clamor sordo lo inundó: estaba protagonizando el sueño de cualquier hombre, una historia digna de ser contada a los amigos... ¡Y le estaba ocurriendo a él! ¡No podía desperdiciar la oportunidad!

—Bueno— accedió. — Pero tendrá que ser muy rápido.

Por un momento, una ráfaga de cordura lo iluminó. Miró a la niña que tenía enfrente, y observó su cara de satisfacción. ¿Y si...?

—Oye... ¿No me querrás para que te repare una pérdida de agua, o algo así?

—¿Una pérdida? ¿De qué estás hablando?— preguntó la muchacha, con cara de auténtica sorpresa.

—Nada, nada...— dijo él.

Era mejor no insistir. No quería ponerla incómoda.

Miró hacia su dormitorio, pero no pudo recordar el nombre de la mujer que estaba allí, así que optó por salir de su piso en silencio, y cerrar la puerta con toda la delicadeza que su sexo urgido podía permitirle.

Soledad vivía justo enfrente, cruzando el pasillo. Su departamento era pequeño pero muy mono, y si Leonardo no hubiera estado tan excitado, se hubiera sentido muy a gusto en él. Pero como de verdad su sexo estaba a punto de estallar por toda la adrenalina de una situación tan fantástica, lo único que llamó de inmediato su atención fue la gran cama que dominaba el único ambiente.

—Escucha, ¿tienes condones? Vas a tener que prestarme uno— dijo Leonardo para romper el hielo, mientras giraba hacia ella.

—Sí, claro... Pero primero a lo tuyo...— le respondió la muchacha, —¡Avísame cuando termines!— le gritó, mientras se apuraba a cerrar la puerta principal, permaneciendo ella del lado de afuera.

Leonardo se quedó tan solo como sorprendido. De inmediato su sexo volvió al lugar correspondiente, y su cerebro cobró rápida venganza. Vió todo con asombrosa claridad: una jovencita había recurrido a él, asustada, y él... ¡había entendido cualquier cosa! Y ahora estaba desnudo en el departamento de una perfecta desconocida, posiblemente menor de edad, ¡a la que incluso le había pedido condones!

Intentó hallar una solución elegante para salir de semejante enredo, pero desistió con rapidez. No se podía parecer menos que un idiota si se abandonaba la seguridad del propio hogar,

para andar circulando por el de los vecinos, en ropa interior, descalzo... y muy excitado.

—¿Me puedes explicar qué necesitas?— dijo al fin, mientras abría la puerta de entrada con una cierta violencia.

Se sorprendió al ver a la bella muchacha agazapada, pálida y expectante.

—¿No has visto?— replicó, aterrorizada. —¡Es gigante!

¿Qué cosa era gigante? ¿Un novio, una rata? .. La muchacha estaba tan asustada que se quedó allí, mirándolo sorprendida, sin poder pronunciar otra palabra.

Por las dudas, Leonardo la tomó del brazo y la arrastró hacia adentro. Lo que fuera, prefería no enfrentarlo solo.

Comenzaron a caminar muy juntos, recorriendo palmo a palmo el pequeñísimo ambiente. Soledad todavía no se había separado de su lado cuando, de la nada, una cucaracha de grandes proporciones comenzó a recorrer el pavimento como si se tratara de una carrera de obstáculos.

Al verla, la muchacha pegó un grito agudo, y dio un salto que, para sorpresa de su acompañante, le sirvió para encaramarse a lo que tenía más cerca.

Por el momento, estaba a salvo.

\* \* \*

¿Dónde se habría metido ese idiota de... de...? ¿Cuál era su nombre?

—¡Querido! .. ¡Querido! .. — comenzó a gritar Pilar, mientras recorría el enorme apartamento. ¡Y sí que era enorme!

— ¡Por todos los...!— exclamó la dama en medio de su enojo. —¡Son sillones de cuero!

Podía estar furiosa, pero no era estúpida. El tipo no sabía nada acerca de etiqueta en la cama, pero, en verdad, era alguien a quien se le podía perdonar más de un error. El fulano, como todos los hombres que tenía la desgracia de ligar, era bastante egoísta a la hora del sexo. ¡Y por cierto, no era ningún Casanova! (¡¿Cuándo añadirían el Kamasutra como lectura obligatoria en los colegios?!). Así que de no haber sido porque aquel “cariño” tenía treinta, ninguna esposa a la vista, un cuerpo de “chico Cosmo”, y porque estaba “forado”, con mucho gusto se hubiera quedado aquella larga noche durmiendo cómodamente en su propia cama.

Los gritos agudos de una mujer llamaron su atención. ¿De dónde provenían?

Sin tomarse la molestia de ponerse algo encima, salió al pasillo externo. El apartamento de enfrente estaba abierto, y tuvo el inmediato presentimiento de que aquello que estaba buscando bien podría estar allí ...

—¡Qué es esto!— chilló Pilar, una vez dentro.

El tipo..., Leo, o como se llamara, tenía una fulana trepada sobre él. El tal Leo gritaba, y ella se sacudía. ¡Terrible numerito el que estaban montando! .. ¡Nunca, nunca, nunca, se había sentido más humillada!

O quizás...

¡Pero esto era mil veces peor!

Sin dudar dio media vuelta resuelta a irse, pero... por un breve lapso dudó. No muchos podían comprar sillones de cuero por aquellos días. Giró sobre sus talones, dispuesta a perdonar, pero sólo para completar el giro de inmediato. ¡Era inútil! No podía ni siquiera pensar en competir con ese culo joven que se estaba meneando frente a sus ojos.

Era hora de partir.

\* \* \*

—Suéltame— suplicaba Leo, que no sabía si protegerse de aquella cucaracha voladora que más parecía un cóndor, o de los arañazos de su desesperada vecina, que estaba auténticamente aterrorizada.

Agotado, el pobre hombre hizo un último intento por hacerla razonar.

—Mira, si no te bajas no voy a poder matarla.

Sus palabras tuvieron éxito porque de inmediato sintió como la muchacha dejaba de enredarlo con su piernas, y aterrizaba con lentitud en el piso, cuidadosa de no chocarse con su enemiga.

Mientras ella se deslizaba, el contacto con aquel cuerpo hermoso comenzó a excitar los sentidos de él. Leonardo cerró los ojos y se entregó al dulce placer que provenía de aquella proximidad. Un calor intenso, que ya comenzaba a quemarlo. Entonces, mansamente, se dejó inundar por su frescura, y por el maravilloso olor a rocío que ella llevaba en la piel.

Con deseo la observó esconderse en el corredor, mientras cerraba la puerta del apartamento tras ella.

Trató de calmarse, y de volver a la realidad.

Y entonces sucedió:

¡Aquel monstruo horrendo se estrelló contra su frente!

Saltó frenético. Ahora que estaba solo en ese cuarto desconocido, podía confesarse a si mismo aquello que siempre se había empeñado en negar: los insectos lo aterraban. Y tener un encuentro cercano con uno de ellos era una de sus peores pesadillas (junto con la infaltable “es la primera vez que me ocurre”, por supuesto).

Por un momento pensó seriamente en huir y refugiarse en su hogar dulce hogar. Allí, estaba seguro, no había cucarachas. Pero pensar en la niña que esperaba del otro lado, lo conmovió. ¡Iba a tener que matar a aquel monstruo!

Volvió a mirar a su descomunal enemiga, que ahora se burlaba desde la pared, y dudó una vez más. ¿No era más fácil matar a la chica? De seguro le daría menos asco...

Pero no. Tenía que comportarse como un hombre, y los hombres mataban insectos.

Buscó a su alrededor el arma apropiada para semejante empeño. El apartamento era mínimo, y lo único que había allí, y en cantidad, eran libros. Sopesó “Cien años de soledad”, pero era incapaz de hacerle eso a Gabo, aunque más no fuera por su premio Nóbel. “El principito” no servía ni para matar una hormiga, y además hubiera sido paradójico que un libro que ensalzaba el amor a los distintos, sirviera para asesinar a sangre fría a un ser vivo, sólo porque era feo. Siguió rebuscando, pero todas eran obras que él también amaba (¡la muchacha tenía buen gusto!)... ¿Y entonces?

Su atención se distrajo. En la parte más alta de un canasto había un coqueto sostén de encaje rojo. No pudo evitar la tentación de observar con detenimiento una prenda tan íntima como prohibida. ¡Muy sensual! Pero, justo en el momento en que lo tenía entre sus manos, su enemiga lo sobrevoló. Fue tal su espanto que, usando el sostén como látigo, aplastó parcialmente a la mal nacida. El bicho perdió estabilidad y cayó al piso. Instintivamente Leo aprovechó para pisarlo. Estratégica jugada, a no ser por el lamentable hecho de que justo en ese preciso momento se encontraba... ¡descalzo!

Como enloquecido comenzó a saltar en un pie por el cuarto. De haber tenido allí un hacha, no hubiera dudado en amputar toda la pierna, pero dado que estaba en casa extraña tuvo que conformarse con secar el asqueroso residuo con la prenda roja que aún sostenía en sus manos.

Cuando su miedo y su asco amainaron se dio cuenta de que había cometido un error. ¿Cómo le iba a explicar a su vecinita lo ocurrido?

Miró el sostén sucio y estrujado, miró la puerta del apartamento, y llegó a la conclusión de que había una sola cosa que alguien sensato y maduro como él podía hacer. Rengueando se dirigió hacia la ventana y, sin pensar más, arrojó la prenda. Un daño colateral. Nada, comparado con la asquerosa sensación de aplastar una cucaracha con el pie desnudo, un horror que no iba a poder olvidar por el resto de su vida.

Cerró la ventana con cuidado de no hacer ruido. Toda evidencia incriminatoria había quedado eliminada. Era hora entonces de cosechar los beneficios de su valentía.

—Ya está— dijo orgulloso a su hermosa vecina, que lo esperaba agazapada en el pasillo.

—¿Estás seguro?

—Tu misma puedes contemplar el cadáver.

—¿No la has tirado?!— preguntó la joven, espantada.

¿Tirlarla también? ¡Esa niña no tenía límites!

—Te doy un papel, la recoges, y te deshaces de ella— suplicó.

Con un pulso tembloroso, que disimuló firme, Leo deslizó los pocos restos de su enemiga por el terso papel.

—Los tiro en el escusado— sugirió con lógica.

—¡No!— se espantó Soledad, que se sabía capaz de no volver a usarlo nunca, si eso ocurría. — Tírala por la ventana— suplicó.

Mientras sostenía el papel, ya con la certeza de que aquella noche no iba a poder dormir, Leo obedeció. Abrió el pestillo, se asomó, y...

¡Maldición! El sostén había quedado atrancado en la copa de un árbol, a la vista de todos.

—¿Ya la has tirado?— preguntó Soledad, mientras se acercaba a la ventana.

—¡Por supuesto!— respondió Leo, obstruyendo con su musculosa espalda toda posibilidad de visual exterior (¡finalmente le había servido tanta natación!) — Tus palabras son órdenes— se envalentonó.

—Lamento haberte molestado, y espero no haber arruinado tu velada. Pero sucede que tengo espanto a los bichos, y desde que rompieron la calle para hacer la nueva estación del metro... Para colmo mañana tengo una presentación que he esperado desde hace tres meses....

—¿Una presentación? ¿Acaso eres...?

—No, no soy nada. Intento ser... Soledad Quiroga, publicista.

—Leonardo Rodríguez, licenciado en marketing.

—Rodríguez, como....

—Es mi tío. He vivido unos años en Nueva York, y él ha cuidado mi casa.

—¡Nueva York! ¡Qué afortunado! Yo, en cambio,....

Repentinamente Soledad cayó en la cuenta de la situación en la que se encontraba. Prácticamente desnuda, hablando como si tal cosa con un extraño en bóxers (al que le quedaban más que bien, por cierto).

—Disculpa. No quiero abusarme de ti— concluyó a modo de excusa.

“No, el que quiere abusarse de ti soy yo”, pensó Leo, que, concentrado en su nueva presa, no podía quitarle los ojos de encima.

—Te agradezco mucho— continuó Soledad. — Y si algún día puedo devolverte el favor...—ofreció, mientras abría la puerta de salida, indicando el fin de la conversación.

—Seguramente he de pedirte más de una cosa... ¡Estando tan cerca!— balbuceó el decepcionado Leonardo, que ya cruzaba el corredor hacia su apartamento, a los brazos de... ¿Cómo se llamaba? ..

La puerta de Soledad se cerró, pero sólo para abrirse de inmediato.

—¡Espera!— gritó.

Leonardo la miró satisfecho y dispuesto a regresar. Ya no le importaba..., la que fuera que lo esperaba en su cama.

—¿Tú no me habías pedido un condón?— preguntó la muchacha con candidez.

Aquel hombre grande se ruborizó. Por fortuna la niña ni siquiera lo notó, enfrascada como estaba en revolver una coqueta cajita de madera, como aquellas que se usan para guardar las distintas variedades de te.

—¿Extra grande, grande, regular, liso, texturado...? ¿Con sabor a menta? ¿Cuál prefieres?

Leo la miró extrañado. ¡Quién lo hubiera dicho!

—Extra grande— mintió.

Ya habría tiempo más tarde para desengañarla ...

\* \* \*

En el mismo instante en que su vecina cerraba la puerta de su futuro, Pilar le daba un empujón a la de su propio piso. Como si se tratara de Indiana Jones, Leo se abalanzó para alcanzar el último resquicio que permanecía abierto.

—¡Cuidado! Podrías haberme dejado afuera— le reprochó.

—Vete a la mierda, cariño— fue la lacónica respuesta de Pilar, su antigua compañera.

Desde la seguridad de su apartamento, Leo la contempló partir. Amante aburrída, pero con buenas piernas. Sí, decididamente, esas piernas formaban parte de su mujer ideal. Porque la mujer ideal se formaba a pedazos. Las piernas de... (¿cómo se llamaba?), digamos “Cariño” (la muy idiota lo había estado llamando así durante toda la noche, como si no recordara su nombre), las tetas de su secretaria, el culo de su vecinita, la cara de... Nunca le había puesto cara a esa mujer perfecta, pero ahora, quizás influenciado por su aventura nocturna, se le ocurría pensar que no hubiera estado nada mal la cara de Soledad, su vecina. Sí... Había algo en ella que invitaba a seguir mirándola. Y no era porque fuera demasiado hermosa (ojos grandes y redondos, pelo castaño, larguísimo y ensortijado, y cara ligeramente “galletona”, en contraste con su cuerpo menudo), sino que tenía algo pícaro e inteligente en la mirada, que a un hombre como él podía volverlo loco.

Leonardo cerró la puerta, dispuesto a aprovechar lo poco que quedaba de la noche para dormir profundamente. La cama parecía un campo de batalla, pero estaba tan cansado que se echó en ella sin pensar más. Cerró los ojos y...

¡La cucaracha! .. ¡Nunca se había lavado el pie, después de aplastarla!

Asqueado y rengueando, fue directo al baño para pegarse una ducha. Frotó la piel hasta que el dolor se impuso al recuerdo de su desgracia. Así, desnudo, se dirigió a su cama, esta vez sí, dispuesto a dormir sin pausa. Con desagrado

arrancó las sábanas profanadas por los restos de su enemiga y las arrojó a un costado. Por la ventana se filtraban los primeros rayos del nuevo día así que, sin más preámbulos, se tiró sobre el colchón. Cerró los ojos y...

¡El sostén! ¡Había olvidado por completo el sostén! Se puso de pie a la carrera y se dirigió hacia la puerta, dispuesto a irse, justo en el momento en que se dio cuenta del pequeño detalle de que no tenía ropa, ni llaves. Además, iba a necesitar algo para alcanzar la rama en la que éste había quedado enganchado.

A pesar de que apenas eran las cinco de la mañana, la luz del sol se empeñaba en iluminarlo todo. Tendría que apurarse, si no quería pasar vergüenza.

En cuestión de segundos ya estaba en el elevador. Vestía el pantaloncillo que había llevado a tenis el día anterior, las zapatillas todavía cubiertas de polvo de ladrillo, las llaves de su casa, y, lo más importante, un paraguas. Estaba seguro de que si lo hacía con rapidez, nadie iba a verlo.

—Buenos días, señor Rodríguez.

¡El guardia de seguridad! ¡Lo había olvidado!

Desde su última crisis, la Argentina se había vuelto un país muy inseguro, y todas los edificios de categoría contaban con personal para custodiarlos.

—Si me permite...—insistió el hombre, sin esperar por su permiso. —¿Sabe qué? Disculpe que me meta, pero no va a necesitar el paraguas para su partido de tenis. Está anunciado muy buen tiempo... En cambio, me parece que sería preferible

que se pusiera una camisa, o algo así. Ni bien comience a calentar el sol, la va a necesitar.

Leonardo lo miró sin responder. El tipo había salido de la nada, con ojos entrecerrados, y probablemente con toda su charla quería ocultar el hecho de que lo habían pescado durmiendo.

Para su sorpresa, en la calle también había gente. ¿Qué ocurría en ese país? ¿Nunca se dormía?

Disimuladamente Leonardo se paró bajo el árbol donde el sostén rojo flameaba cual bandera al viento. Mirando hacia los lados, comenzó a picar las ramas con la punta del paraguas, como si se tratara de lo más normal del mundo, y con la mayor elegancia de la que era capaz... ¡Pero nada! ¡Le faltaba medio metro para llegar a ensartarlo!

A pesar de que era evidente la inutilidad de su persistencia, siguió golpeando las ramas una y otra vez, hasta que el paraguas se abrió de improviso (¡malditos paraguas automáticos!), provocando una verdadera lluvia de hojas verdes.

—¡Felicitaciones, vecino!

De la nada había aparecido el hombre mayor que vivía en el último piso de su mismo edificio, y le estaba hablando, superponiéndose a los ladridos agudos del perrito faldero que llevaba en sus brazos.

—Permítame felicitarlo— continuó el anciano, casi a los gritos, mientras se dibujaba una sonrisa franca en su boca. — Es usted un hombre tan joven como precavido. Se lo he dicho a mi mujer una y mil veces... ¡Para que usar camisa! ¡Con esta

temperatura! .. Nunca se sabe cuando puede darle a uno un golpe de calor. ¡Si yo pudiera, saldría en calzones! Pero la muy bruja no me deja... Que más quiere ella que yo reviente... ¡Y el paraguas! .. Con todo ese ozono que se filtra por el agujero,... el paraguas es una muy buena idea...— comentó el pobre viejo, demostrando su falta total de conocimientos.

—Nunca se cuida uno demasiado— asintió Leonardo, mientras ponía su cara más estúpida, esperando a que aquel hombre molesto se retirara.

Cuando estuvo solo, y ya con el sol dando a pleno, decidió que era hora de hacer algo drástico. Dejó el paraguas a un lado, y comenzó a trepar por el árbol.

Ya casi había alcanzado su meta, cuando un vaivén de la rama en la que estaba encaramado lo dejó cara a cara con la insoportable vecina del segundo piso, que había salido al balcón, a ver el espectáculo.

—Buenos días— atinó a decir a la espantada dama, justo en el momento en que la rama volvía a elevarse. Rápidamente y con total discreción, Leonardo tomó el famoso sostén.

—Me gusta hacer gimnasia a esta hora de la mañana— se excusó al enfrentarse otra vez a su juzgadora.

—Me parece que para hacer esto necesita permiso municipal... Estoy a punto de llamar a la policía— dijo la mujer, enojada.

—No se moleste— gritó Leo, mientras se apuraba a bajar del árbol.

Para cuando tocó el suelo, una pequeña multitud de paseantes y barrenderos estaba agolpada a su alrededor.

—Creí que era un gatito... Pero, nada. Era sólo un trapo— dijo Leonardo apenado, mientras blandía el sostén de forma de que apenas se viera.

—¿Un gato rojo?— acotó una mujer en bata.

Pero Leo ni siquiera se tomó el trabajo de responderle. Con toda la dignidad que le faltaba, buscó infructuosamente su paraguas (por supuesto había desaparecido en el mismo momento en que lo había dejado solo), y se dirigió con paso resuelto a su edificio. En el camino, y con total disimulo, arrojó la pieza incriminatoria a un tacho de la basura.

Asunto acabado. Dignidad recuperada. Ya nadie iba a acordarse de...

¡Qué estaba haciendo aquel hombre! Un mendigo había sacado el sostén y lo estaba mirando con curiosidad.

—¡Vuelve a poner eso allí— le ordenó Leonardo, dispuesto a intimidarlo.

Pero luego de la crisis los mendigos se habían vuelto más astutos, y no eran fáciles de asustar.

—¿Qué pasa? Tú lo tiraste, yo lo encontré... Me gusta... Me recuerda a mi Mamita... Me gusta tanto, que lo voy a dejar aquí, en exhibición....

—Oye, no me importa si te lo llevas, pero....

Leonardo miró la cara de aquel hombre y entendió enseguida lo que estaba ocurriendo. Si algo sabía hacer en la vida era negociar. Lamentablemente, aquel hombre también era un negociante feroz, y él había cometido el pecado capital de toda negociación: había dejado expuesta su debilidad.

—Está bien. Te doy un billete de diez si lo dejas donde lo encontraste....

—¿Diez? ¿Qué hago con diez? Necesito al menos cien, si quiero pagar mis impuestos....

—No seas estúpido. He bajado sin camisa. No me vas a sacar más de diez.

—De acuerdo— dijo el hombre, mientras tomaba el billete en el aire.

Ya con el sostén en su poder, Leo, decidido a no cometer dos veces el mismo error, enterró su mano en la basura. Cubrió la prenda con algo pastoso... (Un guiso del restaurante de la esquina, quería pensar), y la dejó sepultada bajo una maraña de pañales usados (¿habría un hacha en su casa?).

Tomó el aire fresco de la mañana, y se enfiló, ahora sí, para su hogar, dulce hogar, cuidando de que su mano infecta no contaminara el resto de su anatomía.

En el elevador se encontró con la señora del séptimo.

—Tal parece que ya no existe la decencia— rezongó la dama. — Quizás es mucho exigir que un hombre use medias, ¡pero una camisa!

—Disculpe usted, no he querido ofender su buen gusto – se excusó Leonardo con aire contrito, mientras miraba las piernas venosas que dejaba al descubierto la minifalda de su vecina. — Es que he tenido una urgencia familiar. Se ha muerto mi tía Pochita.

—Bueno, hijo... Lo lamento tanto... Pero...— intentó disculparse la dama.

—¡Por favor! . Usted no sabía nada. No importa. Un apretón de manos, y está todo olvidado— dijo en tono satisfecho Leonardo, mientras, con una sonrisa en la boca, refregaba su mano apestosa en la de su acicalada vecina.

\* \* \*

Placer... Placer... Increíble placer... Ahí, justo ahí... No, no, un poco más...

El ruido agudo de un timbre insistente penetró su cerebro, y en ese mismo instante se detuvo.

—Tengo que ir a la puerta— se apuró a decir, mientras se levantaba con rapidez de la cama.

—¿A las tres de la madrugada?!

Sí. Finalmente había ocurrido. A las tres de la madrugada.

Durante dos semanas completas había estado esperando que su vecinita reapareciera, pero nada. Incluso le había tocado el timbre en más de una oportunidad, pero era como si se la hubiera tragado la tierra. Y ahora, a las tres de la madrugada... ¿Quién otra podía ser?

—¿No te parece que estamos aquí en el medio de algo que no se puede interrumpir?— insistió la atribulada muchacha.

—Por supuesto...

¿Cómo se llamaba? .. Nunca podía recordar como se llamaba su amante de turno. Pero esta vez Leonardo estaba preparado en todos los sentidos. Hurgó en el cajón de su mesilla y desdobló un papel.

—Claro..., ¡Roberta!— dijo con confianza, mientras leía lo escrito —... pero yo conozco a mi vecina, y no nos va a dejar en paz. Es muy insistente. Es una pobre ancianita en busca de atención. Voy, la contento, y regreso cuanto antes.

Sin interesarse por la respuesta de Roberta, Leonardo se preparó. Lo tenía todo pensado. Lo primero, ponerse el bóxer. Lo segundo (¡imprescindible!!!), los zapatos. Lo tercero, una bolsa. Lo cuarto, una pala de plástico de mango muyyyy largo. Y lo quinto, ¡un condón! (extra grande...buah!, regular).

Munido de toda esa parafernalia, abrió la puerta con confianza.

Allí estaba ella. Espléndida como la recordaba. Con unas braguitas encantadoras, y una remerita aún más corta que la anterior.

—No puedes negarte... Dime que sí...— dijo la muchacha, mientras se tiraba a sus brazos.

La pobrecita estaba temblando. Y el corazón de Leo se enterneció. No era momento de aprovecharse de ella. Estaba desesperada.

La abrazó para confortarla, mientras sopesaba que además de un culo firme y relleno, la niña tenía mejor delantera que su equipo de fútbol favorito.

—Déjame a mi, por favor— dijo al fin el valiente guerrero, mientras ocultaba sus herramientas de trabajo.

Una vez solo en la casa vecina, Leo desplegó su equipamiento y buscó a su enemiga.

—¡Ayyyyy!— no pudo reprimir un grito ahogado. Si la otra cucaracha era un cóndor, esta era una verdadera águila calva. Debía medir medio metro de punta a punta ( o cuatro centímetros, si uno tenía el mal gusto de usar una regla).

Por un momento ambos contendientes quedaron enfrentados. Leonardo casi podía sentir los fríos ojos de su enemiga, acechándolo. Era uno, o la otra. Una verdadera cuestión de supervivencia. Así que, sin dudar más, abrió la bolsa y... ¡extrajo un rociador con el veneno más potente del mercado! Rápidamente apretó el gatillo... Su oponente comenzó a correr, enloquecida. Leonardo también corría, asustado, echando ese líquido inmundo por todo el departamento, como si se tratara de la más deliciosa de las fragancias. Pronto él tenía en su cuerpo más veneno que su mismísima enemiga. Pero valientemente resistió. No era hora para los cobardes.

Cuando el abyecto animal sucumbió a su inteligencia superior, Leonardo procedió a darle discreta sepultura. Usando la pala, la arrojó por la ventana, cuidando que cayera un piso más abajo, justo en el balcón de la horrenda dama del segundo.

Se sentía orgulloso. Pero ahora debía prepararse para enfrentar una nueva batalla. Se dirigió al tocador para lavarse y peinarse con esmero, mientras esperaba a que el olor nauseabundo desapareciera. Pero para cuando regresó al cuarto, todavía persistía un hedor acre. Afortunadamente en la mesilla había una cajita metalizada que contenía un extracto, o algo así... “212 Sexy by Carolina Herrera”, decía, y no olía del todo mal. Perfumó con eso todo el lugar, hasta acabar el frasco, y luego abrió la puerta.

Una vez más se conmovió por la belleza de su vecinita.

—¿Ya la has tirado?

—Digamos que le he dado digna sepultura— dijo, mientras se apoyaba en la pala, cuidadosamente enjuagada.

—Te agradezco tanto... ¡Eres mi salvador!

Y, diciendo ésto, Soledad comenzó a empujar a su muy buen mozo vecino hacia el inhóspito corredor.

Leonardo, por su parte, se resistía, aunque tratando de no parecer desesperado (cosa que le salía bastante mal, por cierto). Juntos hacían un extraño ballet.

—Creo que ya es muy tarde y los dos tenemos que dormir...— decía ella.

—Ni tan tarde... Apenas son las tres. La noche es joven... Y, además, nunca te encuentro durante el día...— se defendía él

—Pero a esta hora se duerme, no se charla.

—Si yo no estoy interesado en charlar....

Soledad se detuvo en seco, y lo miró con desconfianza.

—¿ Y entonces?

La cara de la muchacha le hizo darse cuenta de que había cometido un error.

—Solamente quería un café— se defendió él, con mohín inocente.

—No tengo café. No me deja dormir.

El baile se reanudó. Leonardo, intentando entrar, Soledad, obligándolo a salir. Y así hubieran estado por el resto de la noche (así de tercos eran los dos), si no hubiera sido porque la muchacha que Leo había abandonado en su casa, salió envuelta en llantos y dando un portazo.

—Oye, espera— atinó a decir Leo, mientras corría hacia ella. En la puerta del elevador la detuvo. La miró desgarradoramente a los ojos y le dijo: — Sólo fui a ayudarla con una cucaracha. La pobrecita estaba aterrada. Pero ya estoy listo para ti, mi querida ....

Y entonces volvió a ocurrir. Se quedó allí con la boca abierta, haciendo obvio el hecho de que no podía recordar el nombre de la “querida” mujer a la que le estaba suplicando.

—No sabes ni como me llamo. ¡Estúpido!— dijo Roberta, mientras le descargaba un sonoro cachetazo, justo antes de que se cerrara el elevador.

Desde su puerta, involuntaria observadora de la desgracia de Leo, Soledad comenzó a reír.

—¡Y encima te causa gracia!— se quejó su salvador, mientras se sobaba la mejilla adolorida. No estaba acostumbrado a que una mujer lo dejara con la palabra en la boca, y mucho menos con un moretón en la cara. — Yo, que te he ido a ayudar, y tú... ¡Ni un café!

—¡Vamos! .. ¿Ni siquiera recordabas el nombre? ¡Qué galante!

Leonardo comenzó a sentir la sangre agolpándose en su rostro. Ya se estaba hartando de esa chiquilla. Él, que había arriesgado la vida para salvarla, y ahora ella se burlaba.

—Si no me hubieras interrumpido con tus chillidos no hubiera tenido necesidad de recordarlo. Nunca lo hago y, créeme, hasta ahora no he tenido quejas... Son ellas las que después de estar conmigo, no pueden olvidarme— farfullaba Leo, mientras se dirigía a su departamento, todavía pala en mano.

—Galante y humilde, mi favorito.

Leonardo continuaba murmurando. Lo único que quería a esas alturas era echarse en su mullido colchón y dormir hasta la mañana siguiente. La vecina no valía la pena. ¡Ninguna mujer valía la pena! Con todo lo que se esforzaba uno en complacerlas, eran todas unas desagradec...

—¡La puerta!— gimió, horrorizado.

La puerta de su apartamento estaba completamente cerrada.

—¿Qué ocurre con la puerta?— inquirió Soledad mientras se aproximaba.

—Esa idiota de Roberta la ha cerrado de un golpe.

—¡¿Y ahora te acuerdas del nombre?! .. ¿No tienes la llave?

—Sí, claro..., en el bolsillo de mi pantalón— le respondió con sarcástico enojo.

—¿Y no tienes una llave extra en lo de algún vecino?

—A muchos ni siquiera los conozco... Y a otros hubiera preferido no conocerlos jamás— dijo, mirándola con deseo, encubierto de desprecio.

—¿Qué vas a hacer ahora?— preguntó Soledad, convencida de que difícilmente se pudiera abrir una puerta con una pala, como lo estaba intentando su atribulado compañero.

—Qué “vamos” a hacer ahora. ¿No serías capaz de dejarme así, en medio del corredor, verdad?

—No, claro— respondió la muchacha, que se moría de sueño, y se preguntaba a si misma si en verdad “no era capaz”.

—¡Ya lo tengo!— exclamó ella al fin, con un grito victorioso. — Si subes por el pasillo del próximo piso y te descuelgas por la ventana, caes justo en el balcón de tu sala.

—¡Estás loca! ¿Acaso crees que soy...?

Leonardo se interrumpió abruptamente. Sí: la niña lo creía Superman, pensó con orgullo. ¿Y acaso no lo era? ..

¡No! Claro que no. Descolgarse por la ventana le hacía menos gracia que admitir su debilidad.

—Podría resbalar y caer al vacío— se justificó.

—¡Qué va! Si pierdes pie, a lo sumo aterrizas en tu balcón, un metro más abajo.

—¿Estás segura?

—Segurísima. Antes de arrendar este piso vivía arriba, y frecuentemente me descolgaba para hablar con tu tío Pepo. De esa forma ahorrábamos en la cuenta del teléfono.

Leonardo la miró con espanto. Ahora no tenía excusas.

—Bueno, entonces voy arriba... ¿Vas a acompañarme?

—Preferiría....

—Ya entiendo. Me usaste, y ahora no me quieres más a tu lado...— dijo aquel hombre grande, con auténtico resentimiento, que sonaba un tanto cursi.

Por toda respuesta, Soledad sonrió con picardía, entró a su casa, y cerró la puerta.

—Si no fuera tan condenadamente sensual...— gimió Leo, con tanto enojo como excitación, mientras se dirigía escaleras arriba.

Una vez en el pasillo superior, como lo había predicho Soledad, fue fácil descolgarse por la ventana y llegar a su propio balcón. Pero lo que no fue nada fácil fue abrir la puerta de su sala. De hecho, fue imposible. Tenía aire acondicionado central, y jamás abría el seguro de las ventanas.

Hizo un último intento. Se subió a una coqueta silla de jardín y se deslizó para alcanzar la manija de la ventana de la cocina... ¡Y entonces ocurrió! Un sonido trágico.

El inicio de su desventura.

\* \* \*

Soledad dormía profundamente. No hacía ni diez minutos que había dejado a su vecino, y el departamento apestaba (¿algún hedor de las alcantarillas del metro, quizás?), pero era tanto su cansancio que se había quedado rendida en el mismo momento en que había apoyado su cabeza en la almohada.

Se necesitaron varios golpes para que despertara.

\* \* \*

—¿Quién es?— preguntó, todavía adormilada.

Observó por la mirilla y abrió la puerta de inmediato

—¿Qué te ha ocurrido?!

Allí, en medio de su recibidor, estaba nuevamente parado su vecino. Pero esta vez sólo estaba cubierto por su propia vergüenza.

—¡Ni preguntes! .. Y apúrate a cerrar. En este edificio nadie duerme....

Soledad lo obedeció y tomó distancia, observándolo, divertida. Por pudor Leonardo intentaba tapar su sexo con las manos, pero sin demasiado éxito (¿extra grande?). La muchacha rió con descaro.

—¿Así que esto te resulta gracioso, no?— preguntó Leonardo, ofendido.

—¿Qué ha ocurrido? .. ¿Las vecinas del piso de arriba no se han podido contener al verte?

—Muy ingeniosa....

—Digo... Como parece que eres irresistible....

—¿Vas a dejarme aquí parado, desnudo?— chilló él, cruzando los brazos con enojo, sólo para descruzarlos de inmediato y taparse, avergonzado.

—Dudo que mi ropa te entre, pero si quieres, puedo prestarte alguna braga. Creo que las celestes combinarían muy bien con tus ojos negros....

—¡Graciosa!....

Leonardo miró a su vecina con furia. No estaba dispuesto a dejar que se saliera con la suya. Tenía que ganarle la partida, y sabía exactamente como hacerlo.

—Está bien. Me alegro de que te parezca tan divertido. Pero mañana tengo que ir a trabajar, así que, al menos en lo que a mi concierne, por esta noche llegó la hora de ir a dormir— retrucó finalmente, mientras se metía de un salto en la cama de Soledad, distante unos pocos pasos.

—¡Ni lo sueñes— respondió ella, tironeando de las sábanas.

Durante unos segundos forcejearon, pero al final Leonardo cedió. Soledad terminó cayendo al piso, con sábanas y todo. Desde la cama, su vecino la miraba tan desnudo como sonriente.

—Si lo prefieres así, no tengo problema.

La muchacha se apuró a arrojarle nuevamente las sábanas.

—¿Qué es esto? ¿Un ridículo plan de macho “posmo” para meterte en mi cama?

—Seguramente. Esperé durante semanas a que tuvieras una cucaracha y me llamaras. Y le hice el amor a Roberta sólo para que se marchara dando un portazo. Y arriesgué mi vida en ese balcón y enganché mi trasero con un clavo, únicamente para tener una excusa para meterme en tu cama... ¡Y después el vanidoso soy yo!

—Entiende que faltan algunas horas para que amanezca y yo mañana también tengo que trabajar. Necesito dormir, y aquí sólo hay una cama.

—Entramos los dos.

—Pero tú estás desnudo.

—Y tú tampoco dejas mucho librado a la imaginación...— le reprochó.

—No esperaba encontrarme con nadie a las tres de la mañana, lo lamento— respondió, avergonzada.

Por un momento lo observó desde la mesa en que estaba apoyada. El condenado era muy buen mozo, y desgraciadamente lo sabía. Odiaba a los hombres muy seguros de si mismos, sobretodo porque ella era un pozo de inseguridades... (y hablando de pozos, ¡justo la braga que tenía puesta dejaba al descubierto la horrible celulitis de sus muslos!).

—¿Vas a quedarte allí toda la noche?— preguntó Leonardo, sabiendo que tenía el partido ganado. — No pienso levantarme de esta cama hasta que hayas llamado a un cerrajero, y mi puerta esté abierta... Y eso sólo va a ocurrir por la mañana.

Muy a pesar de Soledad, lo que su vecino proponía era más que razonable. Finalmente, si el pobre muchacho había perdido sueño y amante era por su culpa. Quizás debía acostarse junto a él y...

La sonrisa ganadora de Leonardo la hizo reflexionar.

Tenía que haber otra solución...

—Tienes razón— accedió al fin. —Voy a acostarme. Los dos merecemos dormir....

Su vecino la miró complacido.

—Pero antes... — continuó la muchacha, para su sorpresa.— ¿Conoces la historia de Sir Lancelot y Ginebra? ..

Leo negó con la cabeza.

—El rey Arturo mandó a Sir Lancelot a que custodiara a su mujer, Ginebra. Pero cuando llega de imprevisto, los pesca dormidos juntos. ¿Pensarás que los mató? No, peor. Se limitó a poner su propia espada entre ellos... ¿Lo imaginas?

—¿Y tú vas a poner una espada entre nosotros?

Con placer, Soledad sacó de uno de los armarios un palo de hockey.

—¿Sabes? Fui la mejor jugadora de toda la secundaria. “Rompe piernas Quiroga” me llamaban...— comentó, mientras colocaba aquel grueso taco de madera en el medio de la cama.

Luego se acostó junto al pobre hombre que la miraba aterrado, y se dispuso a dormir.

—No serías capaz...— le susurró Leonardo al oído, invitante.

—Pruébame... A lo único que temo en este mundo es a las cucarachas...— le respondió ella, con total sensualidad.

Su vecino, ofendido, se dispuso a dormir. Estaba excitado. Muy excitado. Esa mujer lo volvía loco. Y a pesar del tufo inmundado que había quedado en el cuarto, el aroma de ella sobresalía, impidiéndole olvidar su presencia y su calor. Necesitaba relajarse. ¡Tenía que relajarse!... Él allí, desnudo, y sus urgencias a la vista. Pero, lamentablemente, su sexo no conocía de etiquetas, así que, haciéndose el dormido, tomó toda la sábana, y dándose vuelta lo ocultó, a fin de que su otro yo pudiera explayarse en libertad.

¡Para qué! A Soledad las cosas no le estaban yendo mejor. Aquel hombre era... Y sentirlo respirar cerca... Y su pierna musculosa, casi, casi, sobre la suya, a pesar de las barreras...

La pobre niña hacía esfuerzos para dormir, pero...La habitación entera le daba vueltas, y su cuerpo ardía. Su sexo había comenzado a latir y...

Leonardo se dio vuelta para susurrarle en el oído. — ¿Sabes que?... Esto es ridículo...— alcanzó a decir, y se detuvo.

Era inútil. Soledad estaba ya profundamente dormida.

Parecía un ángel. Un ángel con una hermosa sonrisa de satisfacción en los labios.

\* \* \*

—Ya está.

Leonardo abrió los ojos, pero tardó en reaccionar.

—¿Qué?

—Tu puerta ya está abierta. Aquí tienes la llave, que no estaba en el pantalón, como tú dijiste, sino sobre la mesa... Apúrate a cruzar el corredor antes de que se haga más tarde, y alguien pueda verte.

—¿Qué hora es?

—Las siete de la mañana.

—¿Adónde has encontrado un cerrajero a esta hora?

—No se trata precisamente de un cerrajero, sino más bien de un amigo.

No había terminado de decirlo cuando entró al cuarto un hombre desgarbado y con aspecto de delincuente, que miraba a Leonardo complacido.

—Oye, ese televisor de plasma, ¿es el modelo nuevo?— le preguntó el tipo con descaro.

—Sí— se apuró a decir el compungido Leo, mientras se incorporaba. — Me lo han dado por diez años de servicios ininterrumpidos en la Policía Federal. Todos en mi familia son policías. Y generalmente en mi casa duermen los policías que tienen franco. Es raro que no haya un policía armado dentro de ella....

—¿Así que eres de la Federal?— preguntó divertido el hombre. — Que raro que no te conozco... Porque precisamente yo pertenezco a la sección “Robos y Hurtos”, y juraría que ese televisor que tienes, ha entrado al país de contrabando ....

—¿Policía?— preguntó espantado Leonardo. Debiera haberlo imaginado. ¡Con la suerte que había tenido en las últimas horas!

El hombre sonrió, y se dio media vuelta. Soledad se preparaba para partir hacia su trabajo, y el extraño se le unió.

—¿Esta noche vas a estar en tu casa?— le preguntó, mientras la abrazaba con familiaridad.

—Posiblemente. Si quieres podemos cenar juntos... ¡Te debo una!— respondió ella, sin rechazarlo. Luego giró y dijo a su adormilado vecino: — Cuando te vayas cierra con llave, y pásala luego por debajo de la puerta.

Leonardo esperó a que se marcharan.

¡Qué demonios le pasaba a esa chica! ¡Todos le venían bien! Tenía toda clase de condones en su casa, se paseaba desnuda (o casi) por los pasillos, y permitía que cualquiera la abrazara. ¡Pero a él!....

Con furia tomó el palo de hockey que tenía prácticamente incrustado en la espalda y lo arrojó, con tan mala suerte que, largo como era, se salió por la estrecha ventana rumbo a... a...

Decidió no asomarse. No quería ser demandado por nadie. No quería enterarse de que le había dado a alguien en la cabeza. Y además, era una buena forma de que su vecina entendiera de una vez por todas que, si bien él podía ser tierno y amable, decididamente no era alguien de quien burlarse.

Con furia se levantó de la cama, tomó la llave de su piso, y enérgicamente abrió la puerta que daba al pasillo exterior.

De un golpe volvió a cerrarla.

El timbre comenzó a sonar. Obnubilado y conciente de su propia desnudez, buscó una sábana, la enrolló en su cuerpo, y salió, la cabeza en alto, y sin mirar hacia los costados, rumbo a la seguridad de su hogar.

En el corredor, la madre de Soledad lo miraba alejarse, atónita.